

## DON FRANCISCO (1)

Ramiro de MAEZTU

El puesto que ocupaba don Francisco Giner en la vida española ha quedado vacío y seguirá estando vacío durante muchos años. Era el muerto una brasa de más fuego que llama. No se anunciaba de lejos al transeúnte con el fulgor de un faro, sino que era el calor cordial que despedía lo que hacía sentir su presencia a los que se acercaban.

El caos en que vivimos los españoles hace que nuestros talentos se confundan y pierdan la dirección en que serían más fecundos. Lejos de padecer de exceso de encasillado, lo que nos pierde es que nadie nos descubre nuestra verdadera vocación, se nos deja que pase la parte mejor de nuestra vida en la tarea de orientarnos por nosotros mismos, y como es muy difícil que los hombres se conozcan a sí propios, a lo mejor ocurre que los nacidos para ejercer benéfica influencia directa sobre otros hombres se malogran en el intento vano de no ejercerla sino por medio de sus obras, mientras que los aptos para actuar a distancia por medio de sus libros se consumen en la para ellos empresa fútil de intentar la constitución de un partido político.

Basta abarcar con una ojeada las múltiples actividades de don Francisco para echarse a llorar ante esta gran tragedia de la vida española, y eso que se trata de una de las pocas personalidades españolas que no se han malogrado. He aquí un hombre que fue al mismo tiempo un especulador y un hombre de acción, un teórico y un práctico, que como teórico dedicó su atención a materias tan diversas como la Filosofía del Derecho, que su cátedra de la Universidad Central le obligaba a explicar, la Literatura, la Pedagogía, las artes industriales, la tierra portuguesa y la doctrina de la ciencia en general, y que como práctico era al mismo tiempo un pedagogo, maestro de maestros, creador y alma y cuerpo de su Institución Libre de Enseñanza y un político que, sin hacer oír su palabra en el Congreso de los Diputados, era por sí solo todo un Consejo de Estado, a cuya inspiración acudían en horas de perplejidad todos o casi todos los primates políticos de todas las izquierdas españolas, y hasta algunos procedentes de las derechas.

Dondequiera ha sido su acción grande: como profesor de la Universidad, como consejero político, como alma de la Institución, como escritor polígrafo, como orador cuando inauguraba las clases de su Institución con aquellos discursos sobre educación, que han sido durante muchos años el abecedario de los mejores maestros.

Pero ya es de consenso universal el estimar por encima de toda otra su acción única e insustituible como pedagogo. Todos los maestros de España que han realizado una labor intensa durante estos últimos cuarenta años deben sus enseñanzas a don Francisco, pertenecieran o no a su Institución. Los maestros, perdidos en los rincones últimos de nuestra espaciosa tierra, abandonados por la indiferencia ambiente o por la negligencia de los poderes públicos, o desesperanzados por lo penoso de su labor anónima, hallaban en la palabra de don Francisco el calor necesario para seguir viviendo, y salían

---

(1) *BILE*, t. XXXIX, 1915, pp. 67 a 69.

de su despacho humilde resueltos a olvidarse en sus tristes escuelas hasta de los desdenes de las gentes.

Tal creo ser el aspecto en que culmina la vida de nuestra gran muerto. Su obra fue sobre todo directa, de hombre a hombre, de corazón a corazón. Si se la busca en sus escritos, se hallará en éstos, sin duda ninguna, enseñanzas fructuosas, pero siempre se echará de menos lo que era lo esencial de don Francisco: don Francisco mismo; una brasa encendida en el amor a la cultura y a la regeneración espiritual de su país.

Don Francisco se había dado cuenta clara de la necesidad objetiva de esta labor personal. Hablando de la enseñanza universitaria, había escrito hace años que su «problema no recibirá solución *real* y efectiva—no aparente y de *Gaceta*—mientras no se resuelva otro problema a todas luces anterior y el fundamental para nuestro Estado: la formación de un personal adecuado a la reforma, sea ésta la que fuese». Sabía, además, que esta formación de un personal enseñante adecuado era una obra que, de ser realizable, no podía realizarse de otro modo que por labor personal directa en que se transmitiera inmediatamente, de maestro a discípulo, el fuego pedagógico.

Lo que no supo don Francisco sino hasta hace relativamente pocos años es que la persona destinada por sus aptitudes naturales a la formación en España de un personal docente adecuado era precisamente don Francisco Giner de los Ríos. Y no lo supo, probablemente, porque nadie le había descubierto sino hasta edad avanzada cuál era el mayor de sus talentos, a saber: la capacidad de transmitir a sus amigos y discípulos, no tanto el contenido concreto de una cualquiera de las actividades culturales, cuanto la abnegación y el espíritu de sacrificio que han de caracterizar a los buenos maestros.

De haber sido el suyo un espíritu más simple, no habría tropezado con tanta dificultad para hallar su camino. Hay poetas que nacen cantando; pero, en general, no son los mejores los que sólo son poetas. Los poetas más complejos se ven durante su juventud solicitados por la forma de la poesía y por su contenido, que ha de hallarse en aquellas otras actividades que no son poesía. Así, todo buen maestro ha de pasarse varios años vacilando, precisamente por su amor a la cultura, entre dedicarse a la producción de nuevos objetos culturales o a la transmisión de los ya producidos. Falto de quien le revelase su personalidad, don Francisco pasó tal vez demasiados años dividiendo sus actividades entre la acción directa del maestro y del político y la indirecta del escritor.

Por eso su influencia no alcanzó su fecundidad máxima sino cuando llegó a descubrir que había nacido para formar nuestro personal docente, para maestro de maestros. Y se consagró todo entero a esta obra. La acción de don Francisco ha hecho posible la creación por el Estado de instituciones que nos permiten esperar para el futuro la realización de su ideal. Por don Francisco ha llegado la opinión pública a preocuparse de los negocios de enseñanza al punto de que constituyan un problema. Imaginad lo que hubiera realizado este hombre si a este mismo asunto hubiera dedicado desde 1860 todos sus talentos de alma despierta, insinuante y heroica, que sabía ganar al tibio y envolver al hábil, enardecer al humilde y enderezar al incierto, ridiculizar al vanidoso y abatir al soberbio. Podéis asegurar que el problema de la enseñanza en España no sería ya entonces problema, sino en aquel otro grado en que aún lo sigue siendo en los pueblos más cultos.

¿Qué haremos ahora con la memoria de don Francisco? No debemos conformarnos con esperar que perdure en sus obras, porque la esencia de don Francisco no está en sus obras, como la de los sabios, sino en su vida, como la de los santos. Hasta ahora la Humanidad no ha hallado mejor modo de honrar la memoria de sus santos que escribiendo sus vidas, a fin de que las nuevas generaciones puedan seguir su ejemplo. Y acaso no seríamos dignos de haberle tenido entre nosotros, si no hubiera entre sus discípulos otro San Buenaventura que escribiese con intimidad, devoción y llaneza la vida de este otro San Francisco.